

¿De qué patria uno es exiliado?

El decir de los exilios es un decir que puede pasar por unos dichos y que uno escucha, un decir que se dice y que se lee, y también un decir que (se) muestra y que se siente, que marca. Como tales decires, son particulares. Exilios, en plural, lo certifica. Habrá para quien la “expulsión” de su patria constituirá el núcleo traumático -quizás, más que el núcleo, un envoltorio sintomático, en parte real, en parte simbólico, y en parte imaginario- de su identidad/identificación, y quizás su exilio lo defina, como los rohinyás expulsados de Birmania. Para otro, su emigración voluntaria, pero forzada -¿no es una forma de exilio?- en busca de un Eldorado, representará el encuentro con una nueva patria (como es el caso de todas (?) las patrias americanas) -aunque para ello a veces sean necesarias más de una generación. Podemos proponer definir patria como el marco en el que nacieron y se desarrollaron los vínculos del sujeto con el Otro, y aquí el territorio señala sólo el espacio necesario para este marco, pues, como dicen algunos poetas y escritores, la lengua es la patria. Y es en el mismo campo de la lengua -campo en el que se ha jugado y se juega la constitución del sujeto y del parlêtre a distintos niveles- donde encontramos las marcas de unos exilios primeros: de la lengua a la lengua materna, y de la lengua materna a la reglada (por el Otro social, especialmente por el aprendizaje de la escritura y la gramática). Quizás después vengan otras lenguas en el lugar de ésta.

Entonces, todos exiliados. Sin embargo, el hecho del exilio, de la experiencia de ser arrancado del marco en el que uno es como los otros -en el que uno es incluido en un “nosotros”-, y de ser reducido a un rasgo por el cual debe ser excluido de aquel “nosotros” para formar parte de “lo otro”, coloca a ese uno en el lugar del objeto de desecho, de kakon.

El rasgo puede ser cualquiera, un color, una fe, una “orientación sexual”... Luego ese rasgo se envuelve con todo lo que perturba la constitución de un Uno social compacto, y ese rasgo cataliza sobre sí todas las causas del mal que deben extraerse para dar compacidad a ese Uno. Se trata de una extracción “necesaria” para cerrar un conjunto.

Esa operación no se detiene... y la muestra es que a menudo son aquellos que fueron inmigrantes y consiguieron una cierta inserción social en la nueva patria los que con más ferocidad batallan contra nuevas demandas de entrada. En cada cual pues, no solo el ser exiliado, sino también el “exiliador”. A nivel político y social, no es necesario ir al muro que pretende alzar Trump para impedir la entrada de más emigrantes, Europa también se “protege”, se cierra y hace del Mare Nostrum un Mare Mortum. Y cada cual busca sus razones para rechazar a un otro desubjetivado, identificado al rasgo que es signo de lo que nos puede destruir.

Volviendo al exiliado, su decir puede velar o desvelar el sentido patico de los exilios de estructura, y la elección de una u otra de esas posibilidades va a modular un análisis, si lo hay.

Para terminar, el poeta decía: “Quien pierde los orígenes, pierde la identidad”[1]. Quizás el origen no sea lo perdido, sino la pérdida. Si es así, el lugar -agujero- que crea esta pérdida quizás pueda alojar el encuentro, y obtener, así, otra identidad.

Ramon Miralpeix, 28 de enero de 2019